

«Serie AMEINU ~ Nuestro Pueblo»

TOMO 4

El Crepúsculo



Avner Gold



EDITORIAL BNEI SHOLEM

©editorial BNEI SHOLEM

Título del Original en Inglés

Twilight

by Avner Gold

Unico autorizado para la distribución
y comercialización en español

Editorial Bnei Sholem

©COPYRIGHT 2006

Todos los derechos reservados. No pueden reproducirse en forma alguna, partes de este libro, ni tampoco almacenarse o recuperarse información, en forma total o parcial en cualquier idioma (con excepción de citas breves en artículos de crítica o análisis), sin el consentimiento escrito del editor.

Se aplicarán estrictamente los derechos de autor.



EDITORIAL BNEI SHOLEM

Jean Jaures 737

Buenos Aires ARGENTINA

tel: 54 4961 8338 / linea USA 1718-618-4158

Whatsapp +549 11 5111 2925

editorial@bneisholem.com.ar / editorialbneisholem@gmail.com

www.bneisholem.com.ar

ISBN: 987-9096-74-6

IMPRESO EN ARGENTINA
PRINTED IN ARGENTINA

Gold, Avner- El crepúsculo - 1a ed. - Buenos Aires : Bnei Sholem, 2005.

0 p. ; 15x23 cm. - Traducido por: Isidro Lapidus - I. Judaísmo. I. Isidro Lapidus,
trad. II. Título - CDD 296

Queda hecho el depósito que marca la ley 11.723

Contenidos



| | |
|--|-----|
| Prefacio a la versión castellana | iv |
| Nota del Editor | iv |
| 1•Ecos del pasado | 1 |
| 2•Preguntas y respuestas | 17 |
| 3•Varsovia llama | 33 |
| 4•Un rayo de luz | 53 |
| 5•Moshe Berliner | 73 |
| 6•Novedades de Oriente | 85 |
| 7•Conversaciones de medianoche..... | 97 |
| 8•En el nido del águila..... | 113 |
| 9•Entre padre e hijo..... | 129 |
| 10•Pasos en la oscuridad | 143 |
| Glosario de términos..... | 173 |

Prefacio a la versión castellana

Con alabanza y gratitud al Creador, tenemos el agrado de presentar la versión en castellano de la popular «*Serie AMEINU ~ Nuestro Pueblo*» por Avner Gold.

Ya desde su aparición en el idioma inglés se ha convertido en un favorito de los niños y adultos de todas partes y se lo ha establecido como un estándar en la lista de lecturas preferidas de padres y educadores.

En los ocho tomos que la componen, el lector se verá transportado a lugares tan distantes como Cracovia, Estambul, Viena y Ierushalaim. Por sus atrayentes páginas desfilan todo tipo de personajes del mundo judío de entonces: niños desaparecidos en conventos, sencillos mercaderes, sabios rabinos, marranos, falsos mesías, devotas mujeres. Aunque muchos de los protagonistas son ficticios, fruto de la imaginación del autor, cada uno de los fascinantes tomos está ambientado en un escenario histórico real cuidadosamente documentado -citando fechas y lugares concretos cuando es necesario-, como ser los pogroms cosacos en Polonia, la aparición del falso mesías Shabetái Tzví o la situación de los marranos en Europa.

A medida que avanzamos en la lectura nos convertimos en partícipes de las alegrías y las tristezas, el heroísmo y la

fe, el amor por la tradición y la santa Torá.

Escrita en un hermoso estilo, en que siempre aparecen también encantadoras descripciones de la vida cotidiana de la época, el lector hispanohablante se topará con un deleite literario que le era totalmente desconocido hasta la fecha en su propia lengua y que gracias al elogio constante que hace de los valores eternos de la Torá, a sus enseñanzas morales aplicables también en el mundo de hoy y a su excelente calidad literaria, se ha vuelto un preciado clásico en hogares judíos de todo el mundo.

Esperamos que este libro despierte un profundo interés y un genuino amor a Di's y a su Torá y que ello origine el anhelo de profundizar en la aplicación de los preceptos en la vida cotidiana, a fin de elevar su nivel, dado los valores eternos que contiene, para que así muy pronto tengamos la llegada del Mashíaj en nuestros días. Amén.

Editorial Bnei Sholem

Nota del editor

“El Crepúsculo” de Avner Gold, el cuarto volumen de la «*Serie AMEINU ~ Nuestro Pueblo*», agrega aún otro capítulo a la fascinante epopeya de la familia Pulichever, que comenzó con “El Hijo Prometido” y continuó con “El Sueño” y “El Año de la Espada”. “El Crepúsculo” se desarrolla en Polonia, menos de diez años después de los levantamientos cosacos de los años 5408-9 (1648-9), los infames años de “Tach” y “Tat”.

Durante el desarrollo de la historia, las brutales masacres de incontables e inocentes judíos, como se describe en “El Año de la Espada”, han llegado a su término, pero los dolorosos recuerdos de la espada cosaca aún permanecen frescos en las mentes de los sobrevivientes. Las comunidades judías aún sufren por las convulsiones que están moldeando a Polonia, y en realidad a toda Europa a mediados del siglo diecisiete, convulsiones que todavía no han llegado a su fin.

Durante éste terrible período de la historia, los estragos de la guerra continuamente se encendían para luego sosegarse, y volver a encenderse en otro lugar. La Guerra de los Treinta Años, entre los defensores de la Iglesia Católica y los partidarios de la Reforma Protestante arrasó a través del corazón de Europa, dejándola sangrante y exhausta, antes de terminar sin claras definiciones con el Tratado de Westfalia en el año 5408 (1648). Sin embargo, en cierta manera, fue una victoria para la Iglesia Católica ya que impidió

la expansión de la Reforma y afianzó el poder político de la iglesia.

El Reino de Polonia escapó de la Guerra de los Treinta años relativamente indemne, pero fue devastada por sus secuelas. Su poder desgastado por el caos interno y la rebelión, Polonia fue una presa fácil para las emergentes potencias que la rodeaban, particularmente para la expansionista Rusia Zarista en el este. Las sangrientas batallas contra los cosacos y sus aliados rusos continuaron hasta el año 5415 (1655), cuando los rusos conquistaron la mayor parte de la Polonia oriental.

En ésta época, el Rey Carlos X de Suecia invadió Polonia desde el norte, con un bien entrenado ejército compuesto en su mayor parte de veteranos de la Guerra de los Treinta Años. Con el apoyo de Federico Wilhelm, Elector de Brandenburgo, obligaron al Rey Jan Kasmir de Polonia, a exilarse en Silesia. Los suecos avasallaron el país, y ocuparon Roznan, Cracovia y Varsovia. Los rusos tomaron ésto como una señal para reanudar su invasión desde el este, con renovada ferocidad. Los polacos finalmente, montaron una efectiva resistencia a cargo del General Czarniecki. Los suecos fueron forzados a replegarse a sus bases costeras en Prusia, y una especie de paz descendió sobre Polonia.

La tragedia del período fue agravada significativamente para los judíos de Polonia. Cada sucesivo ejército invasor que arrasaba Polonia descargaba su ira sobre la indefensa comunidad judía. Hasta los suecos atacaron a los judíos de Roznan, con una despiadada brutalidad que competía con

la de los cosacos. La totalidad de la población judía de Cracovia escapó antes de la ocupación sueca.

Irónicamente, se acusó a los judíos de haber patrocinado la invasión sueca. Aunque esta acusación era obviamente ridícula, adquirió, sin embargo, credibilidad por provenir de un héroe nacional, el General Czarniecki. Finalmente, sesenta príncipes firmaron un petitorio a favor de los judíos, donde atestiguaban el valioso apoyo de la comunidad judía en la defensa de Vitebsk, durante el sitio de los rusos, y el Rey restableció en su totalidad los derechos comerciales de los judíos, a través de todo el reino de Polonia.

Lentamente, la vida comenzó a retornar a la normalidad. Las heridas aún no habían cicatrizado, pero una vez más, era posible abrigar esperanzas. La oscuridad que invadía al Reino de Polonia, comenzó a disolverse. Era la hora del crepúsculo, ese frágil momento donde ya no es de noche, pero tampoco de día. Había llegado la hora de curarse las heridas, y comenzar nuevamente a construir para el futuro.

Este tiempo del crepúsculo, tuvo un nuevo protagonista. En la decreciente oscuridad, muchas personas escucharon las pisadas del Mesías. Les confirió fuerza y coraje, pero también abrió una peligrosa puerta. El próximo volumen de ésta serie, “El Impostor”, describe los acontecimientos ocurridos cuando el falso Mesías, Shabetai Tzvi, entró por ésta puerta y causó uno de los más desastrosos episodios de nuestra historia.

Aunque la ciudad de Pulichev, y la mayor parte de los personajes son ficticios, también se hace referencia a genuinas

figuras históricas. La información histórica relacionada a la invasión sueca de Polonia, sus consecuencias para la población judía y los antecedentes del fenómeno Shabetai Tzvi, fueron extraídos del “Toldot Israel”, y varias otras fuentes enciclopédicas.

“El Crepúsculo” en ocasiones, hace referencia a los años cubiertos por “El Hijo Prometido”. En caso de que algún acontecimiento no aparezca en la versión original de “El Hijo Prometido”, se ha incluido en la nueva revisada y expandida edición. El aparentemente desproporcionado énfasis que se le adjudica a algunos elementos introducidos en “El Crepúsculo”, se debe a su importancia como fundamentos de futuros libros en la continua saga de la familia Pulichever.

CAPÍTULO I
Ecos del pasado



*R*eb Jaskel Wachs enrulaba alrededor de sus dedos la punta de su larga barba negra, mientras miraba fijamente a la “Guemara”. Finalmente, levantó la mirada hacia el pequeño niño sentado frente a él en la mesa.

–Esa es una muy buena pregunta, Mendele –dijo–. Repítela una vez más, para asegurarme que te comprendí correctamente.

Mendele Pulichever apretó sus manos atrás de la espalda, y comenzó a deambular sin rumbo por la pequeña habitación.

Reb Jaskel, al ver la expresión de seriedad en la cara del niño, sonrió para sus adentros.

Ya habían transcurrido tres años desde que Reb Jaskel arribó a Pulichev para ocupar el cargo de “melamed” (profesor) particular de Mendele Pulichever. Fueron tres de los años más gratos de su vida.

Después de unos minutos, Mendele estaba listo. En primer lugar, repasó íntegramente la página de la Guemara, incluyendo todos los argumentos de Abaie y Rava, y las numerosas pruebas que presentaba la Guemara misma. Luego, explicó claramente las diferencias entre las interpretaciones de Rashi, y las de Tosfos. Reb Jaskel asintió, y Mendele continuó.

Con un ademán, abrió el libro en una sección anterior que habían estudiado la semana pasada. Llegó a la conclusión, girando enfáticamente su pequeño pulgar, que según Rashi no había problemas, pero según Tosfos, ¿cómo explicaría Rava ésta “Mishnah” (parte Tanaica del Talmud)?

–Excelente, Mendele –exclamó Reb Jaskel, dándole una palmada en la espalda–. Esa es una pregunta digna de una persona mucho mayor. Tu comprensión de la Guemara es hermosa. Preséntale la misma pregunta a tu padre. Se va a sentir muy orgulloso.

El rostro de Mendele se iluminó. –¿Y cuál es la respuesta Rebe?

–¿La respuesta? Bueno, todavía no la sé. Tendré que pensar sobre este tema por un tiempo. Tal vez tu padre conozca la respuesta. Tal vez tú puedas pensar y arribar a una respuesta adecuada. En ocasiones, la mente despejada de un niño puede ver cosas que una persona mayor no las ve.

–¿Realmente piensa que estoy capacitado?

–Creo que es posible.

–Entonces lo intentaré.

–Muy bien, Mendele.

Reb Jaskel miró por la ventana. El sol había alcanzado su apogeo, e inundaba al valle con sus rayos dorados.

–Mira Mendele, ya pasó el mediodía. ¡Que rápido ha transcurrido la mañana! Ya debes tener hambre, ¿verdad?

–Tal vez un poco.

–Estoy seguro que tienes apetito. Ve a tu casa y almuerza para que adquieras la energía necesaria para estudiar Torá. En el interín, revisaré algunos de mis “sefarim” (libros) para ver si alguno de ellos discute este tema.

Una vez al aire libre, los ruidos y perfumes de la primavera, hicieron olvidar a Mendele su hambre. Reb Jaskel vivía en un pequeño chalet cercano a un maizal, en el límite de Pulichev. Mientras Mendele caminaba por el sendero hacia su casa, todo el valle se desplegó ante sus ojos.

Podía ver a la distancia las montañas que aún conservaban sus cumbres nevadas, pero los árboles de las frondosas laderas ya se habían vestido con un nuevo manto de hojas verdes. El río, hinchado por la nieve derretida proveniente de las montañas, lamía los labios de las orillas, mientras corría raudamente hacia Pulichev. Las plantaciones de manzanas del valle inferior, estaban florecientes de primaverales brotes de vivos colores, y el aroma de las lilas perfumaba el aire.

Antes de continuar su camino, Mendele se detuvo para escuchar el canto de las aves, y el repiqueteo de un pájaro carpintero, de cabeza roja.

Al entrar a la casa, el aroma de pan recién horneado reavivó el apetito de Mendele. Podía escuchar a su madre conversando con su hermana, mientras trabajaban en la cocina preparándose para el Shabat.

Cuando se acercó a la puerta de la cocina, Mendele pudo ver a su madre frente a una inmensa palangana limpiando pollos, y amontonándolos sobre sal. Chanele se encontraba sentada en una mesa en el otro extremo de la cocina, moldeando pequeñas y diversas figuras con masa. Sobre la cocina, dos cacerolas de agua habían alcanzado el hervor, y sus tapas golpeteaban ruidosamente mientras el vapor escapaba por todos lados. Para poder ser escuchadas de un extremo a otro de la habitación y por sobre el golpeteo de las ollas, era necesario que madre e hija hablaran en voz alta. Mendele las observó fascinado, antes de entrar a la cocina.

–Hola, madre –dijo–. Hola Janele.

–¡Mendele! –exclamó Braja Pulichever–. Debes estar cansado y hambriento.

–En realidad no –contestó, ignorando los gruñidos de su estómago.

–Bien, ¿por qué no te sientas en esa silla, Mendele? Tu padre llegará en unos pocos minutos, y luego comeremos juntos. Janele y yo habremos terminado aquí muy pronto. Mientras tanto, nos puedes contar sobre tu día. Janele, por favor, retira esas ollas del fuego. El ruido es tan ensordecedor que no puedo escuchar mis propios pensamientos.

Janele se limpió las manos, y retiró las ollas del fuego.

Una repentina quietud envolvió a la habitación.

–Entonces, Mendele –dijo Braja–. Cuéntenos lo que has aprendido hoy. ¿Lo has disfrutado?

–Por supuesto, Madre. Siempre disfruto con el Reb Jaskel. Tú lo sabes.

Braja sonrió. –Sí, lo sé Mendele, pero de todas maneras me agrada escucharlo.

–Reb Jaskel me enseñó una nueva canción.

–¿De verdad? ¡Qué emocionante!

–Por favor cántala para nosotros, Mendele –dijo Janele.

Mendele meneó su cabeza. –Es una canción de Shabat. Se las cantaré en Shabat.

–De todas maneras, no hay tiempo ahora para cantar, Mendele, –dijo Braja mientras se enjuagaba las manos.– Tu padre va a llegar en cualquier momento. No debemos hacerlo esperar.

–Ven Janele –dijo ella–. Pon estas cosas en la mesa. Y ten cuidado de no despertar a tu abuelo. Se ha dormido. Mendele, sal y ve qué es lo que ha retrasado a tu padre. Ya debería estar aquí. Probablemente todavía se encuentre en la ieszivá (escuela de Torá). No lo apures. Solo quiero saber si se va a demorar.

Al salir, Mendele espió dentro del comedor. Su abuelo, Reb Asher Sofer, se encontraba sentado en un sillón demasiado mullido, cerca de la ventana. Mantenía sobre su falda un sefer abierto. Su mentón descansaba sobre el pecho y

sus ojos estaban cerrados.

Reb Sofer había sido por muchos años el Rab de la cercana Molodietz, pero cuando fue arrasada por uno de los esporádicos ataques cosacos del verano del año 5414 (1654), hace casi tres años, la población judía en su totalidad escapó a Pulichev, la vecina ciudad donde su yerno ejercía de Rab.

Molodietz había sido totalmente quemada y su ganado cruelmente sacrificado. Cuando los cosacos finalmente se retiraron, Reb Asher alentó a los judíos de Molodietz a permanecer en Pulichev. Reb Asher había aceptado la invitación de su yerno, y de su hija Braja, de quedarse a vivir con ellos. Reb Asher era un anciano que vivía en tiempos difíciles y le agradaba la idea de pasar sus últimos años en la compañía de su hija y su familia.

Mendele cerró suavemente la puerta y fue en busca de su padre. Cuando salió al exterior, pudo ver a lo lejos la ieshivá. Estaba situada en un granero reformado, sobre una pequeña colina que miraba hacia Pulichev. Para llegar a ella, había que transitar un rocoso sendero, plagado de arbustos y yuyos. A pesar de sus modestas características, la ieshivá de Pulichev se había ganado una excelente reputación. Era un lugar excitante y jubiloso, y Mendele ansiaba crecer y poder ser parte de ella.

La vieja ieshivá había sido destruida junto con el resto de Pulichev, durante el levantamiento cosaco, hace aproximadamente diez años. Después que algún tipo de paz retornó a Galicia, algunas de las familias sobrevivientes, originarias

de Pulichev y pueblos aledaños, decidió retornar a Pulichev, y comenzó el largo y laborioso proceso de reconstruir la destruida ciudad.

El primer paso había sido invitar al Reb Shloime Pulichever, hijo del mártir Reb Mendel Pulichever a ser el nuevo Rab de la nueva comunidad. El segundo paso, fue organizar una ieshivá.

Reb Mendel pensaba que si Pulichev pretendía recuperar su posición de ser uno de los centros más importantes de estudio de Torá del sur de Polonia, era esencial reconstruir la ieshivá, y se entregó a esta misión con toda su energía y talento. Personalmente supervisaba el progreso de cada niño, emitiendo críticas o aliento, según la situación. Estableció criterios exigentes, y su aprobación y elogios eran la mayor recompensa. Los altos niveles de estudio atraeron a algunos de los niños más inteligentes de los alrededores, la mayoría entre trece y dieciséis años de edad, y la ieshivá creció rápidamente.

La presencia de los hijastros de Reb Shloime, los hijos de Braja por su primer marido Efraim Surkis que había muerto trágicamente hace trece años, era una de las causas más importantes del éxito de la ieshivá. Su hijastro mayor, Ahrele Surkis, tenía veinte años, y durante los últimos diez estuvo totalmente dedicado a su padrastró. Habían sobrevivido juntos durante el levantamiento cosaco del año 5408 (1648) refugiándose en los bosques, y eran más apegados que muchos padres e hijos biológicos. Ahrele se había convertido en un joven y promisorio “Talmid Jajam” (estudiante de

Torá), y ya había asumido gran parte de la responsabilidad por el progreso de los grupos inferiores. Los otros muchachos Surkis, Jaim y Sender, ingeniosos y vivaces, actuaban como hermanos mayores con los niños más jóvenes, y sus espíritus efervescentes contagiaban a toda la ieshivá.

Mientras Mendele comenzó el ascenso a la colina, se esforzaba por escuchar los sonidos de Torá. En un principio, eran débiles, apenas unos seductores susurros rozando las suaves brisas, pero a medida que se acercaba, los melodiosos sonidos aumentaban su intensidad. Por un momento, Mendele creyó poder distinguir la clara voz de Jaim entonando una canción, mientras él repasaba minuciosamente las palabras de la Guemara. Abrigaba esperanzas que su padre todavía se encontrara adentro, ya que esto le permitiría pasar un poco de tiempo en la ieshivá.

Mientras Mendele se acercaba a la última curva, los maravillosos sonidos de los niños estudiando Torá en la ieshivá, fueron arruinados por la cacofonía de una severa discusión en la calle. La escena con la cual se encontró cuando tuvo la ieshivá a la vista congeló sus pasos.

Reb Shloime se encontraba al frente de la ieshivá, sus manos profundamente insertadas en los bolsillos de su caftan (saco largo), mientras escuchaba a Krystoff Sudvolych, el judío convertido que había sido recientemente designado sacerdote de Pulichev.

–No voy a tolerar esto, Pulichever –gritó–. Estoy harto. Abrir una ieshivá para tus niños locales es un asunto. Pero traer niños de otros pueblos es harina de otro costal.

¿Cuántos tienes ahora ahí dentro, cincuenta?

– Sesenta y siete para ser exacto.

– ¡Sesenta y siete! Esto no puede continuar. Antes que nos demos cuenta, habrá más y más judíos instalándose en Pulichev, y se apoderarán completamente de la ciudad. ¡No lo voy a tolerar!

– No te ofusques tanto, Mattis –dijo Reb Shloime serenamente–. Tu cara se está tornando color violeta.

– ¡No te dirijas a mí por ese nombre! –exclamó el sacerdote–. Mi nombre es Padre Krystoff Sudvolych, ¿me escuchas?

– Tu nombre es Mattis Fishbein. Naciste judío Mattis, y siempre serás un judío.

– No traigas a relucir mi pasado Pulichever. Tal vez haya nacido judío, pero he dejado mi pasado atrás. He sido formalmente bautizado católico.

– No me interesa cuántas veces te han bautizado, y declarado católico. No tiene ninguna importancia. Eres un judío Mattis. Y uno muy pecador.

– No soy un judío. Judío es aquel que se niega a aceptar la verdadera fe. Soy un sacerdote de la Iglesia Católica. ¿Cómo te atreves a llamarme judío?

– Un judío, querido Mattis, es alguien que desciende de nuestros antepasados, Abraham, Isaac y Iacob. Ninguna creencia que quieras adoptar puede cambiar el hecho que eres un judío. Aún tu propia iglesia te considera un judío.

La cara del sacerdote se trastornó por la ira, el color rojo